JUAN JOSÉ REYES

Cioran: pensador ex-céntrico e inquietante

UNO DE LOS filósofos más notables de nuestros días es E. M. Cioran, muy difundido en nuestra lengua merced a las traducciones que han hecho de sus obras el español Fernando Savater y la mexicana Esther Seligson. ¿Qué pensar de él? ¿Qué pensar de quien ha escrito el *Breviario de podredumbre*, *La tentación de existir*, *El aciago demiurgo*, *Del inconveniente de haber nacido*, *Contra la historia*, *Desgarradura*? Títulos sonoros que hacen pensar en un nuevo Leopardi o en un Pavese sin amor o en un Camus sin esperanza. Lo menos que se ha dicho de Cioran es que se trata de un hereje, de un escéptico, de un iconoclasta. Y Cioran es todo esto a la vez. Es una de las mentes más lúcidas de nuestro tiempo. Una inteligencia terriblemente lúcida.

Emil M. Cioran nació en Rumania hace setenta y tres años. En 1937 fue a París, como becario del Instituto francés de Bucarest. Y se quedó en la capital francesa, donde sigue escribiendo, y publicando (en Gallimard). Publica con mucha frecuencia, para satisfacción de sus miles de lectores de todo el mundo (occidental, por lo menos). Publica en un momento determinado, cuando sabe que debe publicar, aunque sus razones no sean del todo comunes o agradables como él mismo apunta:

Una obra está acabada cuando no puede ya ser mejorada, aunque se la sepa insuficiente e incompleta. Se está tan exageradamente fatigado de ella que ya no se tiene el valor de añadirle ni una sola coma, aunque fuese indispensable. Lo que decide el grado de acabado de una obra no es en absoluto ninguna exigencia del arte o de la verdad, es la fatiga, y, aún más, el asco.

Nada menos. Asco, repulsión, repugnancia: palabras muy comunes en el conmovedor discurso de Cioran.

Las razones de la sinrazón

Ya a estas alturas el lector atento y consciente preguntará de qué se trata. Dirá por lo menos, que resulta muy extraño, totalmente paradójico, que un señor que debe su celebridad al escepticismo y que publica —alimentando tal celebridad— por asco, tendría que guardar silencio para ser mínimamente congruente con su posición ante la vida. Que el escepticismo exigiría la quietud. El silencio.

Podrá decir más: Cioran no piensa que la vida tenga sentido —y en esto, como veremos, lleva una de las tesis del existencialismo a su extremo—, piensa que nada tiene valor, que la vida de los hombres se di-vierte en engaños y fruslerías. La pregunta sobre Cioran no es nada más por qué escribe y por qué publica. Es sobre todo por qué vive. O, para decirlo con las palabras justas —las que él emplearía— por qué no se mata.

Cioran es el pensador que transgrede toda frontera. Va más allá que Montaigne, quien decía, con verdad estremecedora, que “antes de nacer todos estábamos muertos”; más allá que Dostoievski, quien hace decir a uno de los Karamazov (seguramente a Iván) que todo ser normal ha deseado por lo menos una vez la muerte de su padre; más allá que Nietzsche, que pedía que “a quien no puedas ayudar a volar, ayúdalo a hundirse”; más allá que Cesare Pavese, que pedía su cambio por Cristo: “que me crucifiquen si me aseguran la vida eterna”; más allá que Jean-Paul Sartre, que nos anunció que “el infierno son los otros” y que “el hombre está condenado a la libertad”; más, mucho más allá que Heidegger, quien precisaba en una de sus frases exactas que “el hombre es un ser arrojado al mundo”; más allá que Camus, quien descubrió también la orfandad de los hombres, su radical extranjería y su lucha inútil: el absurdo.

¿Para qué transgredir nada si la vuelta del muro está el desfiladero?
¿Para qué vivir? ¿Para qué escribir?

¿Qué, después de Dios?

Un deísta (y, como Cioran, un propugnador de la tolerancia), dio la noticia en la segunda mitad del dieciocho: “Dios ha muerto”. Noticia con alarma. El gran Hegel dijo que no, que Voltaire no tenía razón: la conciencia de Dios, por el curso del espíritu, ilumina e iluminará siempre la historia. Marx y sobre todo Nietzsche contradijeron al maestro de Jena y firmaron el acta de defunción (esa que había empezado a redactar Iván Karamazov con su famosa advertencia).

Dios murió, en efecto. Y, como apunta el poeta Jaime Sabines, lo reemplaza el becerro de oro: las aleluyas son ahora al dinero. Y no se trata de una cuestión teológica. Por lo demás no podría tratarse de un asunto así: en la vida diaria la idea de Dios ha desaparecido (a pesar de todas las invocaciones).

Iván Karamazov había dicho que “si Dios no existe, todo está permitido”. La idea del personaje de Dostoievski no está dirigida sólo a los ateos. Al contrario: se endereza sobre todo hacia los creyentes. Quiero decir: no alude a una cuestión teológica sino a una cuestión moral, y en primera instancia ontológica.

De Dios no se puede saber nada en el plano racional, había dicho Heidegger. Camus ponía en planos secundarios las consideradas grandes preguntas de la filosofía y afirmaba que la mayor era la que debe hacerse por el sentido de la vida. Un poco antes, un creyente entrañable —Miguel de Unamuno— afirmaba la necesidad de la angustia: las ofertas de la vida eterna *también* contradicen la única certeza vital: la constancia de la vida de Miguel de Unamuno, de sus clases en Salamanca, de su gusto por los puros y por la poesía de Rubén Darío.

La muerte de Dioses quizá la gran coordenada del drama de nuestro tiempo. Para todos: los creyentes piensan que la gran crisis espiritual obedece al abandono de la idea de Dios; los no creyentes, a que ese abandono es demasiado reciente. Albert Camus, quizá uno de los más grandes pensadores del siglo, creía que nuestra crisis es una especie de gran cruda. No es fácil regresar a la realidad. La historia cuenta.

Cioran —aunque él mismo lo haya negado expresamente— está cerca de Camus. El autor de *El extranjero* escribió que la dignidad de los hombres sólo depende de la capacidad de asunción: habría pues que asumir nuestra condición de mortales, de extranjeros. Conocer tal condición para reconocernos, y entonces, sólo entonces, fundar una moral en la que el hombre sea prójimo del hombre no en nombre de Dios sino del más primitivo, y por eso auténtico, sentimiento humano. Camus habló también de los diversos suicidios. Y los condenó: porque entrañarían una renuncia, en nombre de lo que podría llamarse una suerte de confort espiritual.

Y Cioran escribió: “No hay mayor renuncia que la fe”. ¿Qué se hace si no se renuncia? Rebelarse contra el destino. Pero tal rebelión supone una aceptación. O mejor dicho: en la medida en que acepto mi destino me tengo que rebelar ante él.

La diferencia más notable entre ambos pensadores —entre Cioran y Camus— está en la concepción de la rebelión. Para Camus no hay, no puede haber una esperanza trascendente pero sí —y justamente por eso— una esperanza en la dignidad del hombre. Desarraigado de

Dios, di-verso al mundo, el hombre enfrenta la muerte solidariamente. Cioran piensa que todo esto es un nuevo engaño.

La expresión del escepticismo

Para Camus, como para muchos existencialistas, la vida humana no sólo es posible sin Dios sino que, para ser auténticamente, requiere de la ausencia de Dios. Queda entonces la única esperanza. Para Cioran no hay ninguna, en ningún caso. Veamos:

La injusticia gobierna el universo. Todo lo que se construye, todo lo que se deshace, lleva la huella de una fragilidad inmundada, como si la materia fuese el fruto de un escándalo en el seno de la nada. Cada ser se nutre de la agonía de otro ser; los instantes se precipitan como vampiros sobre la anemia del tiempo; el mundo es un receptáculo de sálidos...

Este es el mundo al que se enfrenta Cioran: un mundo blanduzco en el que lo único concreto son los estertores del tiempo, la única realidad es la de la destrucción. "En este matadero —dice Cioran—, cruzarse de brazos o sacar la espada son gestos igualmente vanos". Ni siquiera hay suficientes razones para darnos un tiro. No somos dueños ni de nuestras fuerzas. Sólo bostezamos. Nuestras aspiraciones son negativas:

Ser el agente de la disolución de una filosofía o de un imperio: ¿puede imaginarse orgullo más triste y majestuoso? Matar por una parte la verdad y por otra la grandeza, manías que hacen vivir el espíritu y la ciudad; socavar la arquitectura de malentendidos sobre la que apoya el orgullo del pensador y del ciudadano.

Tal es el programa de Cioran. Un programa que se sabe fracasado de principio:

Nadie puede corregir la injusticia de Dios y de los hombres: todo acto no es más que un caso especial, aparentemente organizado, del Caos original. Somos arrastrados por un torbellino que se remonta a la aurora de los tiempos; y si ese torbellino ha tomado el aspecto del orden sólo es para arrastrarnos mejor...

Queda en pie nada más la necesidad de quitar máscaras. Nadie es dueño de la verdad y todo lo que podemos decir —piensa el rumano— es que hay que destruir todos los espejismos.